

Recorren así la planicie
hacia el castillo imaginario.
Recorren así la planicie
guiados por acre olor de osario.

Quién ha muerto, quién? Las tres niñas
galopan los rudos caballos.
Los mendigos miran las niñas
y oyen relinchar los caballos.

Fantasia de Schumann

(En *ut* mayor, op. 17)

a André Mora.

Lágrimas, más lágrimas, todas las lágrimas de la floresta;
suspiros, más suspiros, todos los hondos suspiros del monte!
Busco y rebusco entre los árboles, lanzando amorosa protesta,
a la Amada muda y perdida en un incógnito horizonte.

Está ella acaso balanceada en una rama inaccesible
bajo el caricioso y saudoso deliquio de un raro bulbul?
O en la fascinadora estrella que en lengua de oro irresistible
la hizo soñar un vago sueño lleno de temblores de azul?

Lágrimas, más lágrimas, todas las lágrimas de la floresta;
suspiros, más suspiros, todos los hondos suspiros del monte
¿no son capaces de atraerla? Caronte ya su barca apresta
y las Constelaciones cierran sus ojos en el horizonte.

El puerto

Arriba, en el marino contrafuerte,
mi corazón avizó a la muerte
aquella vez. Pisadas oportunas
la llevaban a través de las dunas
hasta sobre los barcos dormilados
que escrutaba con ojos reposados,
como quien, para hacer un largo viaje,
se prepara de barco y de equipaje...

Detúvose al final ¡gesto certero!
con los brazos en cruz frente a un velero.
Sobre la arboladura, fantasmal,
vi fulgurar la guadaña fatal.

Y me dije: «Por fin se va muy lejos
y me deja tranquilo. En sus reflejos
veré aun noches diáfanas de luna,
las hojas verdes y la Amada bruna,
pues que será terrible, como Anteo,
morir en los umbrales del Deseo.
Además, que me queda en el rosal
interior mucha rosa de ideal...»

Mas el velero no salió. En la rada
no se movía nada, nada, nada...
Aquel velero en el paisaje rudo
era un fantasma mudo, mudo, mudo...
Y, oído alerta y ojo vigilante,
pasé toda la noche alucinante.

Y allí sigue. Días, meses, años
cargados de tristeza y desengaños
se alejan en un ritmo alado y breve

¡pero el barco maldito no se mueve!
Quién pudiera tener dos alas bellas,
corazón, y fugarse a las estrellas!

Los trajes

I

Oh, trajes antañones de pesado brocado
que os pudrís, lentamente, detrás de los cristales!
Se cerraron los ojos que habían devorado
bajo vuestros pliegues los senos virginales.

Los impacientes dedos y los labios ardientes
que se crisparon sobre tu seda coruscante,
se fueron. Hoy reposan en comarcas clementes
donde el Olvido es Ángel Guardián y vigilante.

¿Evocáis el perfume de muertas Primaveras,
ritmo del corazón y carne transitoria?
¿Evocáis la embriaguez, como aquellas banderas
que desgarraron ásperos ciclones de victoria?

La comedia e finita. Los sudarios hermanos
envuelven la carroña de penetrantes miasmas.
Dormís, y los poetas que escrutan los arcanos
con afiebrados ojos, evocan los fantasmas.

Se equivocan, a veces. (Oh, Ilusión, los embriagos!)
y buscan lo divino sobre las tristes cosas.
Vuestros pliegues quizás sólo envolvieron llagas,
allí donde sus ojos sólo veían rosas!

II

En un triste rincón del Perú andino
la mujer viste un hábito severo,
amplio y duro sobre el cuerpo divino,
sin un frufú sonriente y dominguero.

Dulce Mater Dolorosa y simbólica
obcecada por trágico minuto,
por su raza vencida y melancólica
de la cuna a la tumba lleva luto.

Bajo de la amplia túnica clemente
el amante se esconde, y el rival
a veces en su cólera demente
atraviesa a los dos con su puñal,

Tengo celos, oh Amada! Tu camisa
vibra sobre tus flancos agarenos,
cruje con erótica sonrisa
y se aprieta a la gloria de tus senos.

Quién pudiera la sien doliente y cálida
sobre el misterio dulce reclinar,
y tornanado la carne a ser crisálida
soñar, soñar, soñar, soñar, soñar...

III

El domingo, bajo el velo,
iba la niña orgullosa,
traje blanco y alma rosa
como un serafín del cielo.

Desde mucho tiempo hacía
que en silencio, a solas, queda,
soñaba con la alegría
de envolverse en blanca seda.

Y cuando el padre tendió
la hostia, para mostrar
mejor su traje lunar,
¡el busto la niña irguió!

IV

Traje de invierno o traje de verano, pesado
traje de trama de oro o vaporoso azul,
siempre incitando al fruto prohibido y encantado
¡trajes, pesados trajes de brocado o de tul!

Los mismos pliegues amplios sobre las nobles líneas
escondiendo con celo la ardiente desnudez,
unas veces mintiendo redondeces virgíneas
y otras mintiendo altiva y orgullosa esbeltez.

Yo me acuerdo de aquella lejana catedral
bajo de cuyas naves me sorprendió el amor.
Entre el incienso místico su traje de percal
despertaba en mis venas éxtasis turbador.

De inesperada gracia su forma frutea
por el incienso cómplice que ascendía al plafón,
y ¡pobre bienamada! toda aquella poesía
no era más que un alarde de brillante chifón.